

ECLIPSAMIENTOS: NUEVAS «POLÍTICAS DE LA AMISTAD» EN 2666, DE ROBERTO BOLAÑO

Felipe Adrián Ríos Baeza¹
Universidad Anáhuac, Querétaro, México

Resumen: Empleando algunas nociones de Jacques Derrida, y en discusión con cierto sector de la crítica bolañesca, este ensayo pretende volver sobre el recorrido crítico y emocional de Manuel Espinoza, Piero Morini, Liz Norton y Jean-Claude Pelletier, hasta entonces vistos como meras «caricaturas» de la evaluación cultural europea, pero que, en realidad, para la totalidad de la novela *2666* de Roberto Bolaño, representarán un perfil de académicos y de sujetos mucho más complejo. Justamente, la noción ambigua y problemática de «amistad» es la que, por un lado, abrirá grietas entre la vida pública del español, el italiano, el francés y la inglesa (sus ambiciones institucionales) y su vida privada (la amistad, las relaciones amorosas); y, por otro, provocará lo que llamaremos «eclipsamiento» de algunas circunstancias que, en su momento, parecían determinantes para el encadenamiento argumental de «La parte de los críticos», pero que luego servirán para desestructurarla como simple parodia. La relación entre Norton y Morini, y la búsqueda de Pelletier y Espinoza de Benno von Archimboldi en el desierto de Sonora, no sólo reconfigurará el enfoque de los personajes en la novela, sino también del lector real, quien verá ulteriormente trasgredida cualquier posibilidad de darle sentido a *2666* si no es volviendo a una imagen inquietante: existe un último texto (las novelas de Archimboldi) y un último lector capaz de darle significado (Pelletier); no obstante, el acceso a ambos campos estará clausurado.

Palabras clave: Roberto Bolaño; *2666*; Jacques Derrida; deconstrucción; políticas de la amistad.

Recibido: 27 de agosto de 2019

Aprobado: 18 de septiembre de 2019

Eclipsing: New «politics of friendship» in *2666*, from Roberto Bolaño

¹ Felipe Adrián Ríos Baeza es escritor y doctor en Teoría de la Literatura y Literatura Comparada por la Universidad Autónoma de Barcelona, España, especializado en literatura y crítica literaria contemporáneas. Correo electrónico: feliperios.ffyl@gmail.com

Abstract: Using some of the notions from Jacques Derrida, and in disagreement with a certain fraction of the critics of Bolaño, this essay goes over the critical and emotional path taken by Manuel Espinoza, Piero Morini, Liz Norton and Jean-Claude Pelletier that was once seen as only «cartoons» of the European cultural evaluation but that, in reality, for the complete novel *2666* by Roberto Bolaño, it represents a much more complex profile of academics and subjects. In fact, the ambiguous and problematic notion of «friendship» is what, on one side, will open gaps between the public life of the Spanish, Italian, French and English characters (their institutional ambitions) and their private lives (their friendships and love lives); and on the other side, will cause what we'll call the «eclipsing» of some circumstances that, at first, seemed like determinant for the concatenation of the argument of «The critics part» but will later function only to deconstruct it as a simple parody. The relationship between Norton and Morini, and Pelletier's and Espinoza's search for Benno von Archimboldi in the Sonora desert will not only reconfigure the focus on the novel's characters, but also of the possible real reader, who will see a transgression of any possibilities to make any sense of *2666* if he does not go back to a troubling image: there is a last text (the novels of Archimboldi) and a last reader capable of making sense of it (Pelletier); however, the entrance to both fields is shut down.

Keywords: Roberto Bolaño; *2666*; Jacques Derrida; deconstruction; *politics of friendship*.

En «Laberinto», cuento póstumo incluido en el volumen *El secreto del mal* (2007), el escritor chileno Roberto Bolaño (1953-2003) ironizaba sutilmente las pretensiones de los críticos adscritos a la revista parisina *Tel Quel*, quienes intentaron durante los años 60 y 70 asir el fenómeno literario; desentrañarlo, extraer su esencia, destilar sus alcances y potencialidades desde los enfoques de una teoría emergente y novedosa. Según Bolaño, en su tentativa por hacerse con definiciones acerca del discurso literario, toda la cuadrilla promovida por Julia Kristeva y Phillippe Sollers fue pillada por ese mismo discurso, por sorpresa y por la espalda. O para decirlo de un modo más sutil: aquel grupo fue visitado por la literatura y esta consiguió tocarlos ínfimamente sin que ellos se enteraran. «La literatura», escribe Bolaño en el especulativo relato, «pasa junto a ellos, criaturas literarias, y los besa en los labios sin que ellos se den cuenta» (*El secreto...* 86).

Esa instancia de que la literatura «pasa junto» a las «criaturas literarias» de su obra y les hace apenas un gesto de reconocimiento (instancia visible en los realvisceralistas, en el narrador de Sensini y en Sensini mismo, en el Belano de *Estrella distante* y en Henri Simon Leprince, entre otros) corresponde a una de las aristas con las que el mismo Bolaño entendió la actividad de la crítica. Por un lado, hay ejemplos evidentes en su narrativa de cómo esta actividad funciona en tanto dispositivo de sanción del discurso (para hablar en términos de Michel Foucault²), articulando un sistema literario acomodaticio con la teoría. Un ejemplo de ello es el trabajo anunciado por el profesor Ernesto García Grajales, de la Universidad de Pachuca, monólogo con el que se cierra la segunda parte de *Los detectives salvajes*: «En mi humildad, señor, le diré que soy el único estudioso de los real visceralistas que existe en México y, si me apura, en el mundo», comienza diciendo Grajales. «Si Dios quiere pienso publicar un libro sobre ellos. El profesor Reyes Arévalo me ha dicho que tal vez la editorial de nuestra universidad podría publicarlo» (Bolaño, *Los detectives...* 550). Las estrategias de configuración de un canon rígido y complaciente vienen después, cuando los realvisceralistas, en tanto *sujetos* con habla plena en la primera parte de la novela, pasan a ser acallados y convertidos en meros objetos de estudio cuando la crítica se acerca a ellos, lo que equivale a decir que Juan García Madero, dueño de una voz testimonial y por lo tanto de un lugar de enunciación privilegiado para narrar la historia del grupo poético, es desplazado para que necesariamente aparezca la perspectiva del crítico Grajales. Concluye el profesor de Pachuca:

Ulises Lima sigue viviendo en el DF [...]. De Arturo Belano no sé nada. No, a Belano no lo conocí. A varios. No conocí a Müller ni a Pancho Rodríguez ni a Piel Divina. Tampoco conocí a Rafael Barrios. ¿Juan García Madero? No, ése no me suena. Seguro que nunca perteneció al grupo. Hombre, si lo digo yo que soy la máxima autoridad

² Vid. Michel Foucault, *El orden del discurso* (2000): «En toda sociedad la producción del discurso está a la vez controlada, seleccionada y redistribuida por un cierto número de procedimientos que tienen por función conjurar los poderes y peligros, dominar el acontecimiento aleatorio y esquivar su pesada y temible materialidad» (14). Y más adelante: «Siempre puede decirse la verdad en el espacio de una exterioridad salvaje; pero no se está en la verdad más que obedeciendo a las reglas de una “policía” discursiva que se debe reactivar en cada uno de sus discursos» (38).

en la materia, por algo será. Todos eran muy jóvenes. Yo tengo sus revistas, sus panfletos, documentos inencontrables hoy por hoy. Hubo un chavito de diecisiete años, pero no se llamaba García Madero. (551. Las cursivas son nuestras)

En la obra de Bolaño, García Grajales representa el paradigma del crítico que no sólo se configura un discurso (el academicista), sino que se lo cree, sancionando positivamente un corpus y una historia, la del realvisceralismo, con el propósito de perpetuar una sola visión de las coyunturas literarias (características que, por ejemplo, compartirá con el crítico A, del cuento «Una aventura literaria», y sobre todo con Sebastián Urrutia Lacroix, de *Nocturno de Chile*, agudizando el establecimiento de patrones y límites de esas coyunturas cuando el componente político se infiltre en la evaluación crítica). Pero existe otro paradigma: aquel donde los críticos y académicos han tomado dramática conciencia de que la imposición de un sistema, modelo o marco teórico al escurridizo fenómeno literario resulta apenas una aproximación, una frágil detención del vértigo de la significancia, para hablar en términos deconstructivos, con el fin de poder decir alguna cosa momentánea sobre un objeto de estudio que nunca se detiene. Ese paradigma lo encarnarán, entre otros, los postestructuralistas convertidos en sendos personajes de «Laberinto», el profesor chileno Óscar Amalfitano y, por supuesto, los cuatro críticos archimboldianos que abren la primera parte de la pentanovela *2666* (2004).

Apoyándonos en ciertas nociones de Michel Foucault («discurso», «verdad», «poder») y sobre todo Jacques Derrida («amistad», *différance*, «hospitalidad»), este trabajo pretende volver sobre Espinoza, Morini, Norton y Pelletier, sobre sus periplos y sistemas de evaluación crítica, para realizar una lectura alternativa a la propuesta por ensayistas como Patricia Espinosa (2006), quien sólo ve en «La parte de los críticos» una «metáfora de la cultura europea letrada» que fracasa cuando los cuatro profesores, caricaturas de esa cultura, intentan capturar el mito de Benno von Archimboldi en México, «y sólo les queda volver a sus bastiones universitarios para terminar su paseo por el infierno» (Foucault 72); o Teresa Fallas Arias (2010/2011), quien también afirma que Bolaño «caricaturiza a los académicos europeos» al desear «consagrar escrituras

y autorías y de ungrir y poner de moda al escritor Benno von Archimboldi» (143)³. Queremos problematizar, justamente, y de entrada, un término como el de *caricatura*, debido a que en algunas zonas de «La parte de los críticos» se construye un perfil de crítico y de sujeto más complejo que aquella mascarada, consciente o inconsciente, construida por la violencia epistemológica de toda actividad académica (más si viene desde Europa, diría el poscolonialismo). Y esa problematización estará soportada por un texto fundamental, llamado *Políticas de la amistad* (1998), de Jacques Derrida, donde, hablando de la construcción del *otro*, del *extraño*, del *enemigo*, se dirá: «Estas caricaturas parecidas, y precisamente por su parecido, ¿no constituyen el peor enemigo de aquello a lo que se parecen, de aquello cuyo nombre usurpan? ¿No son la peor represión, aquello mismo que hace falta, dicho con la más próxima analogía, abrir y propiamente desbloquear?» (57). En otras palabras, la revelación de ser criaturas literarias besadas en los labios por la literatura, que pasa a su lado sin advertencia, abrirá una grieta entre la vida pública del español, el italiano, el francés y la inglesa (sus ambiciones institucionales) y su vida privada (la amistad, las relaciones amorosas), provocando lo que daremos a llamar «eclipsamiento» de

³ Cfr. Patricia Espinosa, «Secreto y simulacro en 2666 de Roberto Bolaño» (2006): «“La parte de los críticos” de 2666 funciona como metáfora de la cultura europea letrada. Es el pequeño mundo de cinco críticos literarios, pertenecientes a la milenaria Academia europea. Bolaño se da tiempo para mostrarlos en su tremenda vaciedad, en su laboriosa gran costumbre cotidiana y miserable. Cinco críticos obsesionados con un escritor europeo llamado Benno Von Archimboldi, una suerte de Salinger, del que poco o nada se sabe ya que ha vivido oculto toda su vida. Los críticos no vacilan en acumular sus obras, releyéndolas para ganar batallas interpretativas en congresos académicos, pretenden postularlo incluso al Nobel, y persiguen sus huellas hasta cruzar el Atlántico. Cuando los críticos viajan tras Archimboldi a México, el racionalismo europeo comienza a ser asumido de un modo brutalmente irónico. La ironía alevosa de Bolaño nos lleva a sentir vergüenza por aquellos seres oscuros y solitarios, ansiosos por coger algo del mito, de nutrirse y dar un mínimo espesor a sus vidas. Los críticos fracasan en el Nuevo Mundo y sólo les queda volver a sus bastiones universitarios para terminar su paseo por el infierno» (72). Y Teresa Fallas Arias, «De autorías y orfandades canónico-literarias en la narrativa de Roberto Bolaño» (2011): «Si bien “La parte de Archimboldi” es la última de las cinco en las que Bolaño divide la pentanovela 2666, las referencias al escritor alemán están diseminadas por toda la obra, en especial en “La parte de los críticos” en la que Bolaño arremete contra los académicos metropolitanos representados por un parisino, un español, una inglesa y un italiano, encargados de consagrar escrituras y autorías y de ungrir y poner de moda al escritor Benno von Archimboldi. En 2666 Bolaño caricaturiza a los académicos europeos al detallar la forma en que los cuatro estudiosos vagan de congreso en congreso elogiando a Archimboldi y cuando comenta el viaje que realizan tres de ellos, vía París-México, tras los rastros del escritor del que presumen viajó a Santa Teresa, ciudad maquilera del norte mexicano, a ver a un amigo o a recabar información para una próxima novela» (143).

circunstancias, que si bien en un momento parecían determinantes para el encadenamiento argumental de «La parte de los críticos», luego desestructurarán todo intento de asumir esta primera parte como un texto burlesco o caricaturesco.

En un momento de su estudio, Espinosa (2006) dice que «Bolaño se da tiempo para mostrarlos en su tremenda vaciedad» (72). Pensamos que ese «vacío», que la ensayista hace coincidir con la etapa pre-mexicana de los críticos, no es tal. Muy por el contrario, representa un robusto punto de referencia, un sol (el deseo potentísimo de leer, consagrar y encontrar a Archimboldi) que irradia el devenir de cuatro profesores que, no olvidemos, debido a sus nacionalidades plantean cuatro enfoques exocéntricos del autor alemán. El «vacío», o «eclipse» de ese sol, vendrá en realidad después, cuando ya avanzada la amistad, y en un congreso en Toulouse, conozcan al joven estudiante mexicano Rodolfo Alatorre, quien los pondrá en contacto con Almedro, alias El Cerdo, que a su vez los enlazará con el decano de la Universidad de Santa Teresa y, finalmente, con Amalfitano. Allí sí que se experimentará el vacío, un abismo que tendrá, más que el nombre de Amalfitano, el nombre de Liz Norton emergiendo desde sus profundidades más ominosas.

La amistad de la enemistad: una aproximación derridiana

Más que sus rígidas investiduras de críticos de primer mundo, aquello que dibuja con mayor exactitud a Piero Morini, Liz Norton, Jean Claude Pelletier y Manuel Espinoza es que transitan por las primeras 200 páginas de *2666* intentando mantener, a como dé lugar, una *amistad*.

Pelletier, Espinoza y Morini coinciden por primera vez en 1990, y «se podría decir, con poco riesgo de equivocación, que a partir de ese momento no sólo se leían mutuamente en las revistas especializadas, sino que también se hicieron amigos o que creció entre ellos algo similar a una relación de amistad» (Bolaño, *2666* 24). Más adelante, cuando los vínculos se van estrechando y, por ello, presentando enigmas emocionales mayores, puede leerse: «La amistad entre los archimboldianos, *sin embargo*, se mantuvo con los mismos ropajes de siempre, imperturbable, sujeta a un destino mayor al que los cuatro

obedecían, aunque eso significara *poner en segundo plano sus deseos personales*» (31. Las cursivas son nuestras). No obstante, el término *amistad* se volverá más difuso, estirando sus límites semánticos –tal como lo nota Derrida, al trabajar un análisis lingüístico del concepto en la tradición occidental–, cuando Norton interactúe físicamente con Pelletier y luego con Espinoza: «Norton le contó que era amante de Pelletier, aunque no fue ésa la palabra que empleó sino otra mucho más ambigua, como amistad [...]» (52).

Más preocupado hacia fin de siglo por cuestiones que tenían que ver con la política, la democracia y la exclusión, en 1994 Jacques Derrida publicó *Políticas de la amistad*, libro donde problematiza el hecho de que, luego del fin de la utopía soviética, en el centro de las democracias neoliberales emergentes estuviera el concepto de *fraternización* y, más aún, la obligación de su cumplimiento. Es decir, fraternizar se había convertido en una invitación con tintes de extraña exigencia, porque, orientado a la concreción de discursos y formaciones sociales, en la metafísica occidental el binomio *amigo/enemigo* había generado una noción imaginaria de la amistad como un espacio donde el diálogo, la concesión y el entendimiento eran *a priori* posibles, y desde donde la noción de enemistad podría cargarse, por lo tanto, con los valores de daño, agravio, falta y peligro.

Como en toda matriz metafísica, al alero de este sistema *amigo/enemigo* se desprendían otras oposiciones (*propio/extraño, habitual/no habitual*, etc.). Sin embargo, una comunidad como la de los archimboldianos no puede pensarse sino en términos de ideal, pues homologaría aquello que, en tanto núcleo último, resulta imposible de homologar: la soledad, la radical individualidad humana:

¿Qué hacemos nosotros y quiénes somos, nosotros que os llamamos para que compartáis, participéis, os asemejéis? Somos en primer lugar, como amigos, amigos de la soledad, y os llamamos para compartir lo que no se comparte, la soledad. Amigos completamente diferentes, amigos inaccesibles, amigos solos, en tanto que incomparables y sin medida común, sin reciprocidad, sin igualdad. Sin horizonte de reconocimiento, pues. Sin parentesco, sin proximidad, sin *oikeiostés*.

¿Sin verdad? Esperemos. ¿Qué verdad para una amistad sin proximidad, sin presencia, pues, sin semejanza, sin atracción, quizá incluso

sin preferencia significativa y razonable? ¿Cómo es posible una amistad así, a no ser figuradamente? ¿Por qué seguir llamando a eso “amistad”, si no es por un abuso del lenguaje y la corrupción de una tradición semántica? ¿Cómo podríamos no sólo ser amigos de la soledad, amigos de nacimiento, amigos juramentados, amigos celosos de la soledad, sino incluso invitaros a formar parte de esta singular comunidad? [...]. (Derrida, *Políticas de la...*, 53)

He aquí lo más problemático del asunto: siguiendo al Nietzsche del aforismo «De los amigos», en *Humano, demasiado humano*, afirma Derrida que existen relaciones de fraternización (como las de Caín y Abel, o Atreo y Triestes, por ejemplo) que expresan, en diversos contextos, un ejemplo de férrea amistad, pero que en otros ilustran el más feroz y despiadado antagonismo. ¿Qué define, entonces, la amistad?, ¿cómo blindar un concepto de amistad si ya desde Platón y Aristóteles la práctica amistosa excede las definiciones del lenguaje?, ¿cómo sostener un vínculo de esta naturaleza con otro si el término *amistad* parece ya de antemano cargado con las características contrarias, es decir, con las de la *enemistad*? El trabajo deconstructivo de Derrida encuentra, ya desde textos fundacionales como *Lisis o de la amistad*, de Platón, y *la Ética a Nicómano*, de Aristóteles, un pasmo, una alta dificultad para delimitar o circunscribir en términos de lenguaje y sentido lo que es la amistad. Al final del diálogo platónico, por ejemplo, Platón le hace decir a Sócrates: «Ahora, Lisis y Menéxeno, hemos hecho el ridículo un viejo, como yo, y vosotros. Pues cuando se vayan éstos, dirán que nosotros creíamos que éramos amigos –pues yo me cuento entre vosotros– y, sin embargo, no hemos sido capaces de llegar a descubrir lo que es un amigo» (316). Pero es con una frase atribuida a Aristóteles, y comentada por Montaigne y por Nietzsche, que Derrida se explayará sobre dicha ambigüedad: « ¡Oh, amigos! No hay amigos» (Aristóteles en Derrida, *Políticas...* 45). Esa indeterminación del lenguaje, que incapacitaría el establecimiento de valores universalmente válidos para dar sentido a la amistad, generará la condición de posibilidad para deconstruir el binomio *amigo/enemigo*.

Por eso, fenoménicamente hablando, el texto de Derrida nos confirma una cosa: donde es mayor el esfuerzo por construir vínculos de afecto y

concordia, ahí también crecen, entretejidos en su intento de definición positiva, elementos como el chantaje, la represión, la postergación del deseo y, sobre todo, la exclusión del otro. La noción de *enemigo*, pues, ya está incrustada en la de *amigo*:

He aquí una lógica que tendremos que interrogar: si no hay amigo más que allí donde puede haber enemigo, el «hace falta el enemigo» o el «hay que amar a los enemigos» (*seine Feinde lieben*) transforma sin esperar la enemistad en amistad, etc. Los enemigos que amo son mis amigos. Como los enemigos de mis amigos. Desde el momento en que uno tiene necesidad o deseo de sus enemigos, no se puede contar más que con amigos. Incluidos ahí los enemigos, y a la inversa, es ésta la locura que nos acecha [...]. Basta de sentido. Lo demasiado-lleno y lo vacío se parecen, efecto de espejismo en el desierto e ineluctabilidad del acontecimiento. (Derrida, *Políticas de la...* 50)

Bajo esta noción indecidible de *amigo-enemigo* es que las circunstancias objetivables de los cuatro críticos (su vida académica, su intención de consagrar a Archimboldi, su propósito de compactar al grupo de estudios) se «eclipsarán» cada vez más debido a una *política de la amistad* que tenderá a excluir, reorganizar y priorizar intereses más subjetivos y, por lo tanto, más individualistas. Es decir, el choque que se producirá entre sus medidas de valoración crítica, siempre a *distancia* del fenómeno, hasta que viajen a Santa Teresa, y aquellas constituidas sobre todo por Amalfitano *in situ* no los convertirá en una caricatura del quehacer académico; por el contrario, si habría alguna caricatura, en esta primera parte, y hasta ese momento, es la que pretende hacerse de Archimboldi, y que se sostendrá a lo largo de 200 páginas, pues lo que conocemos del autor alemán no es más que la entelequia, la proyección de ansias que los críticos han construido con y desde el lenguaje. Por eso, al final, cuando la relación amorosa de Liz Norton y Piero Morini «eclipse» la búsqueda de Archimboldi efectuada por Pelletier y Espinoza no habrá espacio para más narración, sino para el silencio. Y esto confirmaría a los profesores no como *caricaturizados* (sujetos del enunciado) sino como *caricaturistas* (sujetos de la enunciación), lo que equivale decir, en términos nietzscheanos, como humanos, demasiado humanos.

El *significante* Archiboldi

Detengámonos un momento a repasar la idea de Archiboldi como *caricatura* y luego como *enemigo*. Si empleamos las estrategias etimológicas de la deconstrucción, sabremos que *caricatura* deriva del italiano *caricare*, que a su vez se desprende del latín tardío «carico», que significa «cargar», «sostener», «imponer» (Segura Munguía 62). Es decir, daría cuenta de un retrato «cargado» exageradamente que distorsiona la apariencia de una persona. En tanto sujetos de la enunciación, y todavía plenamente instalados en el campo rígido de la universidad, los cuatro críticos van generando, a través de diversas tomas de posición, una caricatura (así como la que realizan Belano, Lima, García Madero y Amadeo Salvatierra de Cesárea Tinajero, en *Los detectives salvajes*; o Belano y Abel Romero de Carlos Wieder, en *Estrella distante*), fomentada, además, por el carácter escurridizo del propio autor Archiboldi. En otras palabras, a ese *significante* —que, según Derrida, en tanto *significante* siempre se *difiere* y se *diferencia*⁴— se le pretende, desde la consagración argumental de la academia, dar un *significado* válido. Esto se hace notar explícitamente

⁴ El neologismo *différance*, en lugar de *différence*, ocupa una posición estratégica en el pensamiento de Derrida, debido a que en francés ambas palabras fonéticamente son iguales, pero semánticamente equivalen no sólo a *diferir*, sino también a *aplazar*. Aunque en ambas sólo cambia una letra, la «a» por la «e», esta diferencia no puede identificarse al pronunciarlas, sólo al escribirlas. De manera premeditada, Derrida muestra con ello que no hay prevalencia de lo oral sobre lo escrito y, por lo tanto, las palabras y los símbolos nunca puede condensar plenamente un sentido, teniendo que ser definidos mediante nuevas palabras que se *difieren* (para explicar una *diferencia*, se recurre a otra). Así, el significado es siempre pospuesto, diferido, en una cadena interminable de signos en los que permanece sólo la marca cultural: el *significante*. En suma, la *différance* inaugura la posibilidad de toda diferencia, de toda presencia, lo que nos obligaría a pensar en un punto de partida, un origen, que en realidad no es tal. *Cfr.* Jacques Derrida, «La *différance*». «Por la misma razón, no sabré por dónde comenzar a trazar el haz o el gráfico de la diferencia. Puesto que lo que se pone precisamente en tela de juicio, es el requerimiento de un comienzo de derecho, de un punto de partida absoluto, de una responsabilidad de principio. La problemática de la escritura se abre con la puesta en tela de juicio del valor de *arkhé*. Lo que yo propondré aquí no se desarrollará, pues, simplemente como un discurso filosófico, que opera desde un principio, unos postulados, axiomas o definiciones y se desplaza siguiendo la linealidad discursiva de un orden de razones. Todo en el trazado de la diferencia es estratégico y aventurado. Estratégico porque ninguna verdad trascendente y presente fuera del campo de la escritura puede gobernar teológicamente la totalidad del campo. Aventurado porque esta estrategia no es una simple estrategia en el sentido en que se dice que la estrategia orienta la táctica desde un objetivo final, un *telos* o el tema de una dominación, de una maestría y, de una reapropiación última del movimiento o del campo. Estrategia finalmente sin finalidad, se la podría llamar táctica ciega, empírica, si el valor de empirismo no tomara en sí mismo todo su sentido de su oposición a la responsabilidad filosófica» (Derrida, *Márgenes...*, 42).

cuando dicho intento de establecimiento de sentido para el «significante Archimboldi» provoca un notorio reparto de bandos aparentemente irreconciliables. Por un lado, el español, el italiano y el francés, desde la condición de lectura exocéntrica de la que hablábamos más arriba, fortalecen su amistad para enfrentarse a Schwarz, Borchmeyer y Pohl, quienes se sienten mayormente autorizados para hablar de Benno von Archimboldi, debido a que comparten la misma nacionalidad y lengua materna que el autor:

Se volvieron a encontrar los tres en la asamblea de literatura de lengua alemana celebrada en Bolonia, en 1993. Y también participaron los tres en el número 46 de la revista Estudios Literarios, de Berlín, un monográfico dedicado a la obra de Archimboldi. [...]. El número 46, sin embargo, es el que nos importa, pues allí no sólo quedaron patentes los dos grupos archimboldianos antagónicos, el de Pelletier, Morini y Espinoza contra el de Schwarz, Borchmeyer y Pohl, sino también porque en ese número apareció publicado un texto de Liz Norton, brillantísimo según Pelletier, bien argumentado según Espinoza, interesante según Morini, y que además (y sin que nadie se lo pidiera) se alineaba con las tesis del francés, del español y del italiano, a quienes citaba en varias ocasiones, demostrando que conocía perfectamente bien sus trabajos y monografías aparecidos en revistas especializadas o en editoriales minoritarias [...].

El congreso de literatura alemana de Bremen fue agitado. Sin que los estudiosos alemanes de Archimboldi se lo esperaran, Pelletier, secundado por Morini y Espinoza, pasó al ataque como Napoleón en Jena y no tardaron en desbandarse hacia las cafeterías y tabernas de Bremen las derrotadas banderas de Pohl, Schwarz y Borchmeyer. (Bolaño 2666, 25-26)

Esta cita es importante en varios sentidos. El blindaje de la apreciación exocéntrica (es decir, una posible caricatura de Archimboldi) va ganando lugar justamente por el entretejido *amistoso* que los cuatro críticos van realizando, en contraposición a la apreciación endocéntrica de los alemanes (la otra caricatura igual de posible del escritor alemán). Recordemos que la pretensión de Jean-Claude Pelletier, escribir un gran libro crítico sobre Archimboldi, «el pez guía que iba a nadar durante mucho tiempo al lado del gran tiburón negro que era la obra del

alemán» (25), es finalmente la pretensión de todos ellos. No obstante, el reforzamiento que hace Liz Norton en su ensayo de la teoría de Pelletier, Espinoza y Morini supondrá el comienzo del eclipsamiento del sol. Ese alineamiento es celebrado en distintos grados por los tres académicos, quienes hasta ese minuto no han tenido más que una relación profesional con ella. Norton, en términos de lo que Derrida trabaja en «La estructura el signo y el juego en el discurso de las ciencias humanas», es justo ese «acontecimiento» que provocará el movimiento y el juego en la estructura⁵; el elemento desestabilizador y la inminencia del «vacío» que, reafirmamos, no está antes, en el entorno intelectual europeo, sino después, cuando empiece la pesquisa de Archimboldi en el desierto de Sonora.

Por otra parte, la mayor hiperbolización caricaturesca se lleva a cabo luego, cuando el «significante Archimboldi» se «carga», se «exagera», finalmente se «caricaturiza», debido a un rumor que se echa a rodar en los pasillos de un congreso en Salzburgo:

[...] a saber, que Archimboldi aquel año era candidato al Nobel, algo que para los archimboldistas de todas partes era no sólo un motivo de inmensa alegría sino también un triunfo y una revancha. A tal grado que fue en Salzburgo, precisamente, en la cervecería El Toro Rojo, durante una noche llena de brindis, donde se firmó la paz entre los dos grupos principales de estudiosos archimboldianos, es decir entre la facción de Pelletier y Espinoza y la facción de Borchmeyer, Pohl y Schwarz, que a partir de entonces decidieron, respetando sus diferencias y sus métodos

⁵ «El acontecimiento de ruptura, la irrupción a la que aludía yo al principio, se habría producido, quizás, en que la estructuralidad de la estructura ha tenido que empezar a ser pensada, es decir, repetida, y por eso decía yo que esta irrupción era repetición, en todos los sentidos de la palabra. Desde ese momento ha tenido que pensarse la ley que regía de alguna manera el deseo del centro en la constitución de la estructura, y el proceso de la significación que disponía sus desplazamientos y sus sustituciones bajo esta ley de la presencia central; pero de una presencia central que no ha sido nunca ella misma, que ya desde siempre ha estado deportada fuera de sí en su sustituto. El sustituto no sustituye a nada que de alguna manera le haya pre-existido. A partir de ahí, indudablemente se ha tenido que empezar a pensar que no había centro, que el centro no podía pensarse en la forma de un ente-presente, que el centro no tenía lugar natural, que no era un lugar fijo sino una función, una especie de no-lugar en el que se representaban sustituciones de signos hasta el infinito. Este es entonces el momento en que el lenguaje invade el campo problemático universal; este es entonces el momento en que, en ausencia de centro o de origen, todo se convierte en discurso -a condición de entenderse acerca de esta palabra-, es decir, un sistema en el que el significado central, originario o trascendental no está nunca absolutamente presente fuera de un sistema de diferencias. La ausencia de significado trascendental extiende hasta el infinito el campo y el juego de la significación» (Derrida *La escritura...*, 385).

de interpretación, aunar esfuerzos y no volver a ponerse zancadillas, lo que expresado en términos prácticos quería decir que Pelletier ya no vetaría los ensayos de Schwarz en las revistas donde él tenía cierto ascendiente, y Schwarz ya no vetaría los trabajos de Pelletier en las publicaciones donde él, Schwarz, era considerado un dios.

Morini, que no compartía el entusiasmo de Pelletier y Espinoza, fue el primero en hacer notar que hasta ese momento Archimboldi no había recibido nunca, al menos que él supiera, un premio importante [...]. (56-57)

Ya para las instancias de Salzburgo, tanto Pelletier como Espinoza han sostenido intensos encuentros sexuales con Liz Norton, pero Bolaño es enfático en señalar que «a los cuatro los alojaron en el mismo hotel [pero] por descontado, ni Pelletier ni Espinoza visitaron a Norton en su habitación ni una sola vez» (56). El rumor del Nobel, entonces, actúa en dos direcciones: por una parte, fortaleciendo, ahora por la creación de un frente común entre los archimboldianos antes disidentes, la caricatura del enigmático Benno von Archimboldi como un autor por fin consagrado, y desde el cual podrá comprenderse la literatura alemana en su totalidad; y por otra parte, permitiéndoles a Pelletier y Espinoza de tener al menos la ilusión de que la estructura que les ha permitido el encuentro (la interpretación, la crítica, la academia) sigue intacta. No así para Morini, quien, como se ve, no comparte el mismo entusiasmo. Desde su condición de parálítico, debido a la esclerosis múltiple, Piero Morini tendrá siempre una visión más contemplativa, menos riesgosa, acaso más panorámica de lo que está sucediendo. Y su visión parece ser ésta: se ha articulado un grupo de archimboldianos que sostiene lo que, ellos piensan, es el verdadero estatuto de interpretación; dicho grupo opera para desmarcarse de otros grupos de archimboldianos y así ganar lugar en el campo académico, pero luego funcionará para hacerle frente a lo que desde el inicio suponen una amenaza: los sentimientos que van creciendo por Liz Norton. Es por eso que Morini, acaso más viejo y más sabio, se volverá escurridizo, así como Archimboldi.

Hay un asunto esencial a notar, que ya prefigura a Archimboldi – no al sujeto; ni siquiera al «autor», así como lo entienden Barthes en «La muerte del autor» y Foucault en « ¿Qué es un autor?», sino al *significante*– como un *enemigo*, es decir, como ese otro amenazante de

la estabilidad más honda de la comunidad, lo que se evidenciará en el viaje a Santa Teresa, Sonora. Y es que la posibilidad del encuentro entre los críticos y el escritor está negada de antemano por un asunto sencillo: mientras los profesores, sobre todo el español y el francés, han iniciado un movimiento desde las periferias al centro mismo de la actividad literaria (Pelletier es un estudiante que sufre la precariedad económica y la sanción de sus profesores al interesarse por el desconocido escritor, pero paso a paso alcanza la cátedra de alemán de su universidad; algo parecido sucede con Espinoza, quien va franqueando las distintas barreras de los germanófilos españoles, que prefieren a Ernst Jünger, hasta hacerse también con la cátedra de alemán de su universidad), Benno von Archimboldi va del centro hacia las periferias, allá donde se hunde toda posibilidad de comprensión bajo los códigos culturales europeocéntricos y donde se encuentra el secreto del mundo (según Guadalupe Roncal y también los detectives salvajes): Santa Teresa. Se trata, entonces, de dos figuras (Pelletier-Espinoza hacia adentro; Archimboldi, hacia afuera) siempre en movimiento, describiendo elipsis antagónicas que difícilmente podrán encontrarse. Pensemos que los críticos han querido, así como los telquelistas en «Laberinto», asir el fenómeno literario, justamente *traducirlo* a su entorno particular de entendimiento (no sólo en sentido figurado: además de sus críticos, Morini y Pelletier han sido traductores de Archimboldi) a través de los dispositivos y filtros de la academia, es decir esquemas de interpretación históricos, hermenéuticos y hasta comparatistas⁶. Pero, aun así, caen en la cuenta, al final, de que no han podido comprenderlo:

En 1983, a los veintidós años, [Pelletier] dio comienzo a la tarea de traducir *D'Arsonval*. Nadie le pidió que lo hiciera. No había entonces ninguna editorial francesa interesada en publicar a ese alemán de nombre extraño. Pelletier empezó a traducirlo básicamente porque le gustaba, porque era feliz haciéndolo, aunque también pensó que podía presentar esa traducción, precedida por un estudio sobre la obra archim-

⁶ «Espinoza volvió a ver a Pelletier en el balance de literatura europea del siglo XX celebrado en Maastricht en 1991 (Pelletier llevaba una ponencia titulada «Heine y Archimboldi: caminos convergentes», Espinoza llevaba una ponencia titulada «Ernst Jünger y Benno von Archimboldi: caminos divergentes») y se podría decir, con poco riesgo de equivocación, que a partir de ese momento no sólo se leían mutuamente en las revistas especializadas sino que también se hicieron amigos o que creció entre ellos algo similar a una relación de amistad» (Bolaño, 2666 23-24)

boldiana, como tesis y, quién sabe, como primera piedra de su futuro doctorado [...]. Piero Morini nació en 1956, en un pueblo cercano a Nápoles, y aunque leyó por primera vez a Benno von Archimboldi en 1976, es decir cuatro años antes que Pelletier, no sería sino hasta 1988 cuando tradujo su primera novela del autor alemán, *Bifurcaria bifurcata*, que pasó por las librerías italianas con más pena que gloria [...]. Espinoza volvió a ver a Pelletier en el balance de literatura europea del siglo XX celebrado en Maastricht en 1991 (Pelletier llevaba una ponencia titulada «Heine y Archimboldi: caminos convergentes», Espinoza llevaba una ponencia titulada «Ernst Jünger y Benno von Archimboldi: caminos divergentes») y se podría decir, con poco riesgo de equivocación, que a partir de ese momento no sólo se leían mutuamente en las revistas especializadas sino que también se hicieron amigos o que creció entre ellos algo similar a una relación de amistad. (16-18, 23-24)

Es entonces cuando aparece, en un congreso en Toulouse, el estudiante mexicano Rodolfo Alatorre y la posibilidad de llegar a entender realmente a Archimboldi si salen a su encuentro. El «otro radical», el *amigo-enemigo* entonces, es Archimboldi, quien, ante la fascinación de no poder ser comprendido desde el centro ilustrado, motivará el viaje de los profesores hacia el desierto.

Morini-Norton: luna oscura para el sol radiante

Paralelo a este devenir de Pelletier-Espinoza (del centro a la periferia. Ahora sí, se diría: de tierra firme al vacío), Morini tiene otro tipo de movimiento, que será el de las desapariciones intermitentes. Llegados a este momento, y tras la historia que Norton les ha contado del pintor Edwin Johns, quien se ha cercenado un mano para exhibirla como parte de una instalación, Morini se ausenta de su departamento de Turín y, en una arista de estas políticas de la amistad, los profesores se preocupan. Quien se apremia mayormente es Liz Norton, cuando sabe que el italiano ha estado en Londres por varios días y no la ha llamado: “Cuando lo vi me dijo que se había dedicado a visitar museos y a pasear sin rumbo determinado por barrios desconocidos de la ciudad, barrios que vagamente recordaba de los cuentos de Chesterton pero que ya

nada tenían que ver con Chesterton aunque la sombra del padre Brown aún perdurara en ellos [...]”. (129)

Morini, entonces, representa una corriente subterránea que también desestabilizará la historia de amistad, pero cuyos movimientos estarán motivados por lo onírico (recordemos que es el primero en advertir, mediante un sueño, que Liz Norton será una presencia en suma inquietante y que romperá la estabilidad del grupo):

Casi a finales de 1996 Morini tuvo una pesadilla. Soñó que Norton se zambullía en una piscina mientras Pelletier, Espinoza y él jugaban una partida de cartas alrededor de una mesa de piedra. Espinoza y Pelletier estaban de espaldas a la piscina, que al principio parecía ser una piscina de hotel, común y corriente [...]. En ese momento Morini miró sus cartas y se dio cuenta de que no tenía nada que hacer. Se descartó y pidió cuatro cartas, que dejó boca abajo sobre la mesa de piedra, sin mirarlas, y puso, no sin dificultad, su silla de ruedas en movimiento. Pelletier y Espinoza ni siquiera le preguntaron adónde iba. Impulsó la silla de ruedas hasta el borde de la piscina. Sólo entonces se dio cuenta de lo enorme que era. De ancho debía de medir por lo menos trescientos metros y de largo superaba, calculó Morini, los tres kilómetros. Sus aguas eran oscuras y en algunas zonas pudo observar manchas oleaginosas, como las que se ven en los puertos. De Norton, ni rastro. Morini lanzó un grito. –Liz. (68).

Dicha ensoñación parece desde ya anunciar la inminente desestructura de esa noción de indefinida amistad en la que Pelletier y Espinoza siguen jugando, ensimismados, el juego de querer encontrar a Archimboldi (al no haber podido encontrar, finalmente, cómo llegar a Liz Norton) y en el que Morini sabrá que para ver emerger a Norton desde esas profundidades debe quedarse quieto, expectante en el borde, sentado en su silla de ruedas. De hecho, así lo prefigurará el inconsciente de Liz al final de «La parte de los críticos», en un sueño que le permite eclipsar sus pretensiones académicas y vivir el enigma de la relación amorosa de puro espíritu, prescindiendo de lo físico y de cualquier apoyo ortopédico, ya sea corporal o mental (por eso la silla de ruedas se separa del italiano, en su ensoñación):

No me costó nada quedarme dormida, pero de repente un trueno, que no sé si era real o soñado, me despertó, y creí ver, al fondo del pasillo, la silueta de Morini y de la silla de ruedas. Al principio no le hice caso y procuré volver a dormirme, hasta que de pronto recapitulé lo que había visto: por un lado la silueta de la silla de ruedas en el pasillo y por otro lado, ya no en el pasillo sino en la sala, de espaldas a mí, la silueta de Morini. (201-202)

Poco a poco, Norton comienza a representar la amistad radical, es decir la posibilidad de la enemistad. Siguiendo a Derrida, ante la ambigüedad de la definición lingüística de qué sucede entre ella y Pelletier, y entre ella y Espinoza, y luego entre ella, Espinoza y Pelletier, hay un momento en que la inglesa, de manera decorosa y civilizada, cancela los encuentros con ambos. El español y el francés, entonces, con el fin de no hacer aflorar una potencial rivalidad, asumen como enemigo a Alex Pritchard, a quien la inglesa lo presenta como «un amigo» que «se sentó junto a Norton y le pasó un brazo por encima del hombro» (92). Cuando ella les hace ver su ridiculez, desplazando aún más la posibilidad de otro encuentro sexual, construyen un vínculo fraternal que, ahora sí, raya en la caricatura de una amistad adolescente, en la que frecuentan los barrios de tolerancia y tienen un altercado violento con un taxista paquistaní. «Y también [Pelletier] recordaba que entonces sintió cariño por Espinoza, un cariño que evocaba la adolescencia, las aventuras férreamente compartidas y las tardes de provincia» (49). Los matices de esa amistad, entonces, entrañan otro asunto: hundirse en la búsqueda del escritor para –asunto inevitable– no lastimarse entre ellos.

De la teoría a la literatura: el eclipsamiento definitivo

Hay un asunto importante que emerge cuando Pelletier, Espinoza y Norton viajan de Europa a México y son guiados por El Cerdo, por el rector de la Universidad de Santa Teresa y por Amalfitano hacia las vagas y escasas huellas de Archimboldi. Podríamos definir ese movimiento del siguiente modo: los críticos pasan de la teoría (certeza) a la literatura (especulación). Y es que, ya en el desierto de Sonora y no en los departamentos de alemán del primer mundo, no hay ningún argumento válido y coincidente con la realidad más que los testimonios

dudosos de aquellos personajes ya nombrados para darle un *significado* al *significante* Archiboldi:

Uno de estos amigos del DF, según Alatorre, y esto lo dijo inocentemente, con esa pizca de fanfarronería poco astuta de los escritores menores, había conocido *hacia poco tiempo* a Archiboldi [...]. La historia que contó Alatorre, sucintamente, era ésta: su amigo, un ensayista y novelista y poeta llamado Almendro, un tipo de unos cuarenta y tantos años más conocido entre los amigos por el mote del Cerdo, había recibido una llamada telefónica a medianoche. El Cerdo, tras hablar un momento en alemán, se vistió y salió en su coche rumbo a un hotel cercano al aeropuerto de Ciudad de México. Pese a que no había mucho tráfico a esa hora, llegó al hotel pasada la una de la mañana. En el lobby del hotel encontró a un recepcionista y a un policía. El Cerdo sacó su identificación como alto funcionario del gobierno y luego subió con el policía a una habitación del tercer piso. Allí había dos policías más y un viejo alemán que estaba sentado en la cama, despeinado, vestido con una camiseta gris y pantalones vaqueros, descalzo, como si la llegada de la policía lo hubiera sorprendido durmiendo. (135-136)

En el cerebro afiebrado de Pelletier y Espinoza la descripción física de ese «viejo alemán que estaba sentado en la cama» conecta con la otra descripción, la que le hace la señora Bubis y la jefa de prensa de la editorial Bubis: « [L]o único que les dijo del escritor desaparecido fue que era una buena persona. –Un hombre alto, muy alto –les dijo–. Cuando caminaba junto con el difunto señor Bubis parecían una *ti*. O una *li*» (40-41). Es todo lo que tienen: no una certeza, sino una especulación con la que harán literatura sin papel y en la que creerán por el sólo capricho de creer. No existe, ni al anverso ni al reverso de «La parte de los críticos», una pista concreta que garantice que van por buen camino ni que ese gigante que El Cerdo ha visto sentado en la cama de un hotel después de un asesinato sea realmente el Archiboldi que ellos buscan. Es más (y esto emparentaría irónicamente los esquemas de entendimiento de los personajes con los esquemas de entendimiento de algunos críticos de Bolaño, que han despachado este asunto demasiado aprisa): no hay garantía de que ese Hans Reiter, que caricaturizan los mexicanos, coincida realmente con el apreciado escritor Archiboldi, que han caricaturizado los europeos.

¿A qué han ido, entonces, realmente los críticos a Santa Teresa? Primero, a volver divergentes sus caminos (mientras Espinoza, a través de su relación con la mexicana Rebeca, será el primero que advierta los horribles crímenes de Santa Teresa, Pelletier se vuelve un poco como Morini, es decir, se queda quieto para, ahora sí, *leer realmente* a Archimboldi:

Al día siguiente Espinoza pasó a primera hora por el mercado de artesanías, con el corazón latiendo más aprisa de lo normal, mientras los comerciantes y artesanos recién empezaban a montar sus puestos y la calle adoquinada aún estaba limpia. Rebeca disponía sus alfombras encima de una mesa portátil y le sonrió al verlo [...]. Una noche Espinoza llevó a Rebeca a bailar. Estuvieron en una discoteca del centro de Santa Teresa a la que la muchacha no había ido nunca, pero de la cual hablaban sus amigas en los mejores términos. Mientras bebían cubalibres Rebeca le contó que al salir de aquella discoteca habían secuestrado a dos de las muchachas que tiempo después aparecieron muertas. Sus cadáveres fueron abandonados en el desierto. (188-198)

En el hotel, tendido en una tumbona junto a la piscina vacía, Pelletier estaba leyendo un libro y Espinoza supo, aun antes de ver el título, que no era ni *Santo Tomás* ni *La ciega*, sino otro libro de Archimboldi. Cuando se sentó junto a él pudo observar que se trataba de *Letea*, una novela que no lo entusiasmaba tanto como otros libros del alemán, aunque, a juzgar por el rostro de Pelletier, *la relectura era fructífera y muy placentera*. Al tomar asiento en la tumbona de al lado le preguntó qué había hecho durante el día.

–Leer –le contestó Pelletier, quien a su vez le hizo la misma pregunta.

–Dar vueltas por ahí –dijo Espinoza. (191. Las cursivas son nuestras)

Y luego, a que las circunstancias canónicas y centrales se vean finalmente eclipsadas por la revelación final, donde son capaces, de algún modo, de hallarle alguna definición al inaprensible fenómeno de la amistad.

Justo antes de la desintegración de esta amistad –desintegración o enemistad, como vimos, ya anunciada desde el inicio–, Pelletier y Espinoza harán un último intento por aferrarse a la comprensión de

Archiboldi a través de sus ya precarios sistemas de valorización y traducción de esta realidad compleja. En Sonora conocen al profesor chileno Óscar Amalfitano, quien, como se conocerá en la segunda parte, también ha leído a Archiboldi y se mantiene dando clases excéntricas en la Universidad de Santa Teresa. Cuando los códigos de evaluación estética de los europeos se pongan en tela de juicio por el contrapunto que Amalfitano les hace, la reacción será ya no física, como contra el taxista paquistaní, sino verbal:

[...] no es justo que el mejor escritor alemán del siglo xx se muera sin poder hablar con quienes mejor han leído sus novelas. Porque queremos convencerlo de que vuelva a Europa, dijeron.

—Yo creía —dijo Amalfitano— que el mejor escritor alemán del siglo veinte era Kafka.

Bueno, pues entonces el mejor escritor alemán de la posguerra o el mejor escritor alemán de la segunda mitad del siglo xx, dijeron los críticos.

— ¿Han leído a Peter Handke? —Les preguntó Amalfitano—. ¿Y Thomas Bernhard?

Uf, dijeron los críticos y a partir de este momento hasta que dieron por concluido el desayuno Amalfitano fue atacado hasta quedar reducido a una especie de Periquillo Sarniento abierto en canal y sin una sola pluma. (158)

Esta complejísima *amistad-enemistad* se va entretejiendo para armar un sistema que marca violentamente a quienes suponen amenazante (primero al grupo de Schwarz, luego a Pritichard, luego al taxista paquistaní, luego a Amalfitano), pero que dará un canto de cisne en aquel desesperado *ménage-à-trois* con Norton en el hotel. La conclusión resulta evidente: tras ese encuentro, Norton se dará cuenta que es Piero Morini el indicado para una verdadera vida en pareja. Bajo esa perspectiva, la despedida que escribe Norton antes de regresarse a Europa parece pueril, pero en realidad pone una lápida a la búsqueda personal y profesional de sus amigos: «No sé cuánto tiempo vamos a durar juntos, decía Norton en su carta. Ni a Morini (creo) ni a mí nos importa. Nos queremos y somos felices. Sé que vosotros lo comprenderéis» (207). Por supuesto, no hay tal comprensión, ni en lo objetivo (interpretar a Archiboldi) ni en lo subjetivo (el amor por la

inglesa), y cualquier resolución dialéctica queda, pues, suspendida en esa frase final de Liz Norton: «Sé que vosotros lo comprenderéis».

Allí termina el devaneo alrededor de Archiboldi para Norton y Morini. Pelletier y Espinoza, en cambio, tendrán que avanzar un poco más hacia sus intereses ya divergentes (el primero, la quietud para leer bien a Archiboldi; el segundo, para entrever el secreto del mal, protegiendo a su pequeña amante mexicana) y así resignarse a que no hay comprensión posible, pues no han encontrado lo único que parecían perseguir. «Créeme», le dice el francés al español, «sé que Archiboldi está aquí [...]. En alguna parte, en Santa Teresa o en los alrededores» (206). Espinoza hace la pregunta de rigor: ¿y por qué no han conseguido encontrarlo? «Porque hemos sido torpes o porque Archiboldi tiene un gran talento para esconderse» (207), se resigna Pelletier, otro modo de reconocer que la mayormente enigmática caricatura literaria de Bolaño los ha besado en los labios sin que ellos se hubiesen dado cuenta.

«Sé que vosotros lo comprenderéis». La comprensión de la ruptura, de la inutilidad de los esfuerzos, de que lo privado envolverá siempre lo público. Ésta es, pues, la radical política de la amistad, que casi empata con otro concepto de Derrida: el de *hospitalidad*. Si se está dispuesto a fraternizar, es decir, a ser anfitrión de otro, hay que incluso permitir que ese otro pueda expulsarnos de nuestra propia morada (física, mental, nacional, etc.). «Quiero ser dueño en mi propia casa (*ipse, potis, potens*, dueño de casa) [...] para poder recibir en ella a quien quiero. Comienzo a considerar como extranjero indeseable, y virtualmente como enemigo, a quienquiera que invada mi «propio-hogar», mi *ipséité*, mi poder de hospitalidad, mi soberanía de anfitrión», escribía Derrida en 1997. «Ese otro se vuelve un sujeto hostil del que corro el riesgo de volverme rehén» (57). Sin conseguir la aprehensión conceptual ni emocional, los críticos han entrevisto una arista bastante palpable de la condición humana: en la búsqueda de cualquier clase, se corre el riesgo de ser invadido por el otro, el enemigo, el hostil, al que tanto se procuraba mantener a distancia.

Un asunto adicional, antes de concluir: en un estudio inicial sobre 2666, la ensayista Myrna Solotorevsky (2006) proponía una posibilidad de lectura que luego ha sido replicada por otros estudiosos, como

Juan Antonio Masoliver Ródenas en el prólogo a *Los sinsabores del verdadero policía* (2011): «Los críticos no volverán a aparecer en el resto de la novela; ya han cumplido su función; no sabrán la verdad sobre Archiboldi, y nosotros, los lectores, seremos depositarios de esa verdad –a la que los críticos intentaron infructuosamente acceder– al leer la última parte de la novela: “La parte de Archiboldi”» (132). Es cierto: en la última parte conocemos un testimonio más directo de la vida, pasión y hundimiento en el desierto de Archiboldi. Sin embargo, ¿a qué tipo de verdad se accede?, ¿es real que los lectores accedan a esa verdad, además? Si bien los lectores tienen la posibilidad de conocer el *contexto* de Archiboldi (su infancia como niño-alga, su experiencia en el frente, su relación con Ingeborg, la lectura epifánica del cuaderno de Ansky), nuevamente el sentido se aplaza, se *difiere*, pues lo más importante no se conoce: sus textos. El contenido de *Letea*, de *La máscara de cuero*, *Santo Tomás*, *La ciega* o cualquiera de las novelas del alemán está trabajado elípticamente. Al igual que ocurre con la poesía realvisceralista de Lima y Belano, los cuentos de Sensini o Álvaro Rousselot, el largo poema de 600 versos de Henri Simone Leprince o la obra de los escritores nazis, el producto literario no es exhibido, sólo sus circunstancias de elaboración. Y en ese trabajo de supresión, de desfondamiento de sentido, estriba una de las más singulares y potentes propuestas narrativas de Roberto Bolaño.

Se trataría, pues, de un último eclipsamiento, oculto y ulterior: hay un texto (las novelas de Benno von Archiboldi) y un último lector capaz de comprenderlo (Jean-Claude Pelletier), pero el lector real no es capaz de acceder ni a la materialidad de uno ni a las instancias de comprensión del otro. De esta forma, en lugar de pensarse como anamórfica, tal y como la entiende, por ejemplo, Cecilia López-Badano en «2666: el narcotráfico como anamorfosis muralista» (2010), podría visualizarse ahora la estructura de esta novela como circular: hay que volver sobre la última sección de «La parte de los críticos», es decir, con Pelletier en una tumbona, releendo una y otra vez los textos de Archiboldi (en un bucle o gravedad cuántica), para entender también «La parte de Archiboldi». Esa imagen del francés releendo al alemán es, bajo esta perspectiva, el culmen de la pentanovela, un final donde,

de todos modos, el sentido volvería a aplazarse, difiriendo esa imagen y confirmando que este tipo de literatura, lúcida y absoluta, no hace más que explicitar lo que Derrida nombró como *différance*.

Referencias

- Bolaño, Roberto. *2666*. Barcelona: Anagrama, 2004. Impreso.
- Bolaño, Roberto. *El secreto del mal*. Barcelona: Anagrama, 2007. Impreso.
- Derrida, Jacques. «La estructura, el signo y el juego en el discurso de las ciencias humanas». *La escritura y la diferencia*. Trad. Patricio Peñalver. Barcelona: Anthropos, 1989. 383-401. Impreso.
- Derrida, Jacques. *Políticas de la amistad (seguido de El oído de Heidegger)*. Trad. Patricio Peñalver y Francisco Vidarte. Madrid: Trotta, 1998. Impreso.
- Derrida, Jacques. «La *différance*». *Márgenes de la filosofía*. Trad. Carmen González Marín. Madrid: Cátedra, 1998. 37-62. Impreso.
- Derrida, Jacques. *La hospitalidad*. Trad. Mirta Segoviano. Buenos Aires: Ediciones de La Flor, 2008. Impreso.
- Espinosa, Patricia. «Secreto y simulacro en *2666* de Roberto Bolaño». *Revista Estudios Filológicos* 41, 2006: 71-79. Impreso.
- Fallas Arias, Teresa. «De autorías y orfandades canónico-literarias en la narrativa de Roberto Bolaño». *GénEros, Revista de Investigación y Divulgación sobre los Estudios de Género*. 8 Sep. 2010-Feb. 2011: 135-149. Impreso.
- Foucault, Michel. *El orden del discurso*. Trad. Alberto González Troyano. Barcelona: Tusquets, 2000. Impreso.
- López Badano, Cecilia. «*2666*: El narcotráfico como anamorfosis muralista». *Roberto Bolaño: Ruptura y violencia en la literatura finisecular*. Ed. Felipe A. Ríos Baeza. México: Eón, 2010: 369-384. Impreso.
- Masoliver Ródenas, Juan Antonio. «Prólogo: Entre el abismo y la desdicha». *Los sinsabores del verdadero policía*. Por Roberto Bolaño. Barcelona: Anagrama, 2011. 7-13. Impreso.
- Platón. «Lisis». *Diálogos I*. Trad. Emilio Lledó Íñigo *et. al.* Madrid: Gredos, 1985. 272-316. Impreso.
- Ríos Baeza, Felipe A. *Roberto Bolaño: Una narrativa en el margen. Desestabilizaciones en el canon y la cultura*. Valencia: Tirant Lo Blanch, 2013. Impreso.
- Segura Munguía, Santiago. *Lexicón etimológico y semántico del latín y de las voces actuales que proceden de raíces latinas o griegas*. Bilbao: Universidad de Deusto, 2014. Impreso.
- Solotorevsky, Myrna. «*2666* de Roberto Bolaño». *Revista Aisthesis de la Pontificia Universidad Católica de Chile* 39, 2006: 129-134. Impreso.